

# De tres a diez

Mónica Lavín



UNIVERSIDAD DE COLIMA

EL RAPIDIN

Pa' leerse como de rayo

**De tres a diez**

## **UNIVERSIDAD DE COLIMA**

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

# De tres a diez

Mónica Lavín

Texto extraído del libro *Nicolasa y los encajes*.  
Mónica Lavín ganó el premio narrativa Colima  
en el año 2001, por la obra *Café cortado*.



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2024  
Avenida Universidad 333  
Colima, Colima, México, CP 28040  
Dirección General de Publicaciones  
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext. 35004  
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx  
http://www.ucol.mx

5E.1.1/317000/084/2024 - Edición de publicación no periódica  
DOI: 10.53897/LI.2024.0032.UCOL

Derechos reservados conforme a la ley  
Editado en México / *Edited in Mexico*



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005  
Registrado en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Edición impresa: diciembre de 2022  
Edición electrónica: agosto de 2024  
Registro: OT-011-24

“¿Viene todos los días?”, le preguntó la señora con las manos metidas bajo el chorro de agua. Sorprendida por su curiosidad, le contestó secamente, apenas levantando la mirada de la novela gastada con cuyos dibujos se entretenía. Sí, todos, de tres a diez, menos el lunes. La dama sonrió compasiva por el espejo mientras se retocaba los labios. Sacó una moneda y la dejó caer sonoramente en la charola. Ella soltó un gracias monótono y trató de volver al asunto.

La pregunta la había destanteado. Estaba tan hecha a su rutinario espacio, tan acostumbrada a las casas impacientes de las que esperaban turno, a saberlas descompuestas y grotescas entre pujidos y falda arremangada, a limpiar los retretes y desaguar los taponamientos, a eludir los olores y aceptar las propinas, que ni se le había ocurrido mirarse de fuera.

Cuando tenía quince años menos decía que trabajaba en la cocina de un hotel y llegaba por las noches a restregarse la piel con un zacate

muy enjabonado. Se tapizaba el cuerpo de espuma en el patio y sólo después de enjuagarse y vaciarse la colonia se acercaba a los demás. Le parecía oler toda ella a mierda. Le daba vergüenza salir con las amigas, se sentía apestar, desde las uñas que rascaban excusados y pisos, hasta los ojos que se asqueaban con los papeles manchados y los paños con sangre. El pudor se le desvaneció junto con el asco y la excesiva pulcritud. Ya no llegaba a asearse como todos los días, ni se lamentaba de las vomitadas y los chiquillos meones. Con un poco de loción y una tallada de uñas desmentía el oficio. Tampoco guardaba el secreto, no para las íntimas que a veces la visitaban en el baño de la cafetería.

Así se enfrascó con Manuel, entre los chismes de Otilia y el baile que organizaron las de la cuadra. Él ni se espantó cuando supo dónde hallarla. Entró un día derecho, como quien se equivoca de puerta y advirtiéndole que no hubiera nadie la jaló a un apartado. Allí le metió la mano y la dejó mansa y alborotada; con un bultito en el vientre. Entonces fue cómodo trabajar junto al wáter, cuando venía el vahído nada más doblaba el cuerpo. Los pri-

meros meses le permitían llevar al pequeño que mamaba indiferente al chorrear de meadas y al olor permanente. En ese cuartucho de obligada intimidad pasó todo. Otilia también se encargó de decirle que Manuel andaba con una clienta. Mientras la mujer se acomodaba el pelo le chilló por la espalda.

—¡Vieja cochina! A ver si le atina usted al basurero y no deja sus porquerías por el suelo.

La señora salió del baño fuera de sí, agitando la cabeza como un guajolote y sin decir palabra. Regresó con don Antonio, ella tuvo que pedir disculpas y explicar que estaba nerviosa y que el marido la había dejado. Luego se quedó llorando mucho rato en su sillón gastado, en ese mirador de necesidades y desgüe universal de porquería. A esa señora qué le importaba ella, o su marido, o Manuelito, o su nerviosismo.

Así se le había pasado el tiempo, la piel maltratada de tanto trapear la baldosa percutida, las narices hinchadas de tanta peste y sólo los lunes y la voz de Manolito como unguento de bienestar. Un día se le quedó mirando una mujer. Pensó lo peor. Ya le habían tocado algunas de esas viejas raras, pero ésta lo disimulaba

muy bien. Sólo que insistía en contemplarle las caderas y las piernas. Fastidiada la retó con una sacudida de cabeza. La señora muy compuesta se acercó extendiendo una tarjeta.

—Si le interesa posar como modelo para un grupo de amigas que nos reunimos a dibujar, llámeme. Soy Alicia Cárdenas.

El cartón blanco se le quedó como una brasa caliente en las manos. Miró y remiró aquel nombre colocado al centro con tanta importancia y rematado por un número de teléfono. Lo echó a la bolsa y se olvidó. Estaba segura de que ella sólo podría estar en su caja de olores, que no servía para nada más y que le daba pereza aprender otro modo. La pregunta de una viejecita le devolvió la incómoda observancia de aquella señora, como si aquel cartón blanco fuera un remedio contra su añeja existencia que sí, claro, era un tanto repulsiva.

Aquella noche lo averiguó. Por el teléfono de la cafetería localizó a la señora Cárdenas y quedó en verla el día siguiente. El viernes le avisó a don Antonio que se iba. Estaba tan animada con aquel trabajo en esa casa bonita y con un sueldo mejor que el suyo que ignoró

la insistencia del patrón que le calcaba su antigüedad en el empleo. Lo pierdes todo, le dijo ya de despedida y ella se fue ligera, orgullosa de aquella pérdida.

Mientras tomaba el autobús para la Llave de Oro le parecía que los quince años en los excusados habían sido una maldición, una convalecencia testaruda. Tocó una puerta blanca. Le abrió una mujer de uniforme que con cierto desprecio la condujo al estudio. Allí está el baño para que te cambies y cuidadito con llevarte algo. Se desnudó en aquel rincón lleno de espejos y jabones pequeñitos que lo perfumaban y la hacían sentirse inmensamente rica. Contempló el mármol donde se incrustaba un lavabo dorado como un altar. Repasó sus manos ajadas por la frescura de la plancha. Le dieron ganas de llorar. Nunca había visto un baño tan bonito.

Entró cubierta con una bata que le habían dejado dentro del baño a un salón con grandes ventanales, lleno de voces de mujeres. Por un rato nadie la notó y ella se quedó inmóvil en el quicio de la puerta. Hasta que una mujer joven la miró y sin saludarla avisó: Alicia, ya está aquí la modelo.

—Ah, sí, sí. ¿Cómo dices que te llamas? ¿Vicenta? Pasa, aquí, de espaldas al ventanal. Sobre este lienzo —extendiendo una sábana azul cielo le quitó la bata y la sentó como si fuera una gran muñeca. La estiró, le ladeó el cuello, le colocó los brazos pasándole las manos por la piel como a un pedazo ajeno. No le dio vergüenza, estaba tan sorprendida de saberse allí completamente desnuda frente a unas señoras elegantes en quienes provocaba atenta curiosidad, que la propia situación la relajó.

No te muevas. Eso, qué buena extensión. Mira qué pecho tan exuberante. Nunca habíamos tenido una modelo así. Descansa. Otra vez igual. Eso, las nalgas hacia este lado. Relaja el cuello. Qué pómulos.

Vicenta estaba encantada. Aprendió a sentarse como una estatua, a presumir redondeces, sus arrugas, su pecho. Disfrutó ese trono, ese silencio devoto. Acababa la sesión y doña Alicia le pagaba y agradecía su amabilidad. Al mes pudo comprar un vestido. Llegó con él para incitar la envidia de la servidumbre que aprovechaba cualquier descuido de la señora para humillarla, que si ella debía lavar el lienzo

donde se apoyaba desnuda, que si no le daba vergüenza, que si era rara o prostituta. Entró altiva como gallina preñada. Se le había hecho temprano y se quedó un rato en el recibidor. Pasó doña Alicia y le dio los buenos días.

—Qué bueno que te veo muchacha, porque me voy de viaje un mes y suspenderemos las sesiones. Desde luego te dejaré medio sueldo para no hacerte una mala obra. Repórtate en un mes para reanudarlas.

Se quedó muda. La voz de la patrona le interrumpió la desazón.

—Ah, mira —gritó desde el comedor— ven a ver el dibujo que te hice. Lo han chuleado mucho.

Lo miró callada, le pareció que estaba descomunadamente ancha y demacrada. Tenía un gesto de estúpida alegría que le molestó.

—¿No dices nada, muchacha?

—Muy bonito, señora —contestó atropelladamente.

Pasó muy mal la sesión. Se le cansaban los brazos, el cuello, se le acalabró una pierna. Mientras las señoras descansaban con un café, miró al ventanal y al mullido tapete ilumina-

do de sol. Luego se fijó en cada una, a algunas las había visto en la cafetería. Entonces era ella la que curioseaba su ropa, sus joyas, su cara de aburrimento o de dicha desbordada. Les había olido el excremento y restregado la taza donde hundían sus nalgas refinadas. Sintió asco.

Al mes llamó. Doña Alicia seguía de viaje. A los dos meses intentó de nuevo, esta vez tocó a la puerta, no fuera a ser que las sirvientas le negaran a la señora. Ella misma abrió.

—¿Qué quiere usted? —preguntó la señora.

—Doña Alicia, soy la modelo, Vicenta.

—Muchacha, ya tenemos otra chica. Nos hacía falta entrenarnos con figuras lineales, cuerpos vírgenes, casi adolescentes. Ya habíamos hecho mucha redondez. El maestro nos ha pedido poco pecho, talle fino, piernas largas y tenaces y Mirta...

—Tienes suerte, muchacha —sonrió don Antonio—. No hemos encontrado empleada fija para tu turno. Te esperamos de tres a diez.

*De tres a diez*, de Mónica Lavín, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, [www.ucol.mx](http://www.ucol.mx). La edición se terminó en agosto de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Esprit Std de 12 puntos para el cuerpo del texto y de 24 puntos para títulos. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Cuidado de la edición: Alberto Llanes, Guillermina Cuevas e Irma Leticia Bermúdez Aceves. Portada: Lizeth Maricruz Vázquez Viera.

De tres a diez es una historia de rompimiento con muchas cosas, un mal trabajo, un mal amor, un fétido olor, un desgastado sueldo etc., pero también, es el regreso a la misma suciedad. Cuando Vicenta cree que logra alcanzar un objetivo: salir de la rutina y del miserable y asqueroso empleo que tiene, la vida le tendrá una sorpresa para la que, seguramente, no estaba preparada.



UNIVERSIDAD DE COLIMA